

BERNI MILLET, PIERO. Las ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña Romana. Publicacions Universitat de Barcelona, Barcelona, 1998. 272 P., Ilust.

Por Pedro Paulo A. FUNARI¹

La Union Académique Internationale y la Real Academia de la Historia se asocian a la Universidad de Barcelona para publicar el cuarto fascículo de corpora de sellos anfóricos. El autor es miembro del Centro para el Estudio de la Interdependencia Provincial en la Antigüedad Clásica (CEIPAC) y el libro cuenta con un prólogo de su director, José Remesal, quién sobraya la importancia de la publicación de estudios detallados de las diferentes regiones del Imperio Romano. El libro puede ser dividido en tres grandes partes: sobre las ánforas de aceite de la Bética (pp. 17-62), sobre el aceite en Cataluña (pp. 63-198) y el corpus epigráfico (pp. 199-232), seguidos de índices bastante completos. Además, el volumen contiene muchísimas ilustraciones, tanto del material anfórico y epigráfico, como mapas e iconografía relativa al tema de las ánforas.

El capítulo primero trata de las ánforas de aceite bético, con un estudio historiográfico que vuelve a los pioneros del siglo XIX, como Dressel, Bonsor y Maxwell, hasta las investigaciones más recientes. Menciona el sistema epigráfico de las ánforas Dressel 20 (sellos, inscripciones pintadas y grafitos) y estudia, en detalle y con la compilación de los datos hoy día disponibles, la tipología de estas ánforas. Propone que, aunque los especialistas consideren que el esquema de los tituli picti comenzó con las primeras Dressel 20, sea posible decir que empezó antes, con los prototipos augusteos (p. 31). Subraya que los fabricantes de ánforas buscaban estandarizar la tara y el peso neto de las ánforas para obtener un patrón más económico y funcional, seguramente ya en época flavio-trajanea (p. 40). Cuando trata de la ausencia de ánforas de pequeño tamaño en el Monte Testaccio, como son las Dressel 20 parua, Tejarillo I, Dressel 23, explica que el aceite era vendido junto con el envase (p. 55). Las Dressel 23, de acuerdo con la documentación actual, empieza a finales de la tercera centuria o al comienzo de la cuarta, coincidiendo con el abandono de las Dressel 20, lo que significa cambios importantes en la organización del comercio de aceite bético (p. 57).

El estudio de la presencia del aceite bético en Cataluña romana empieza con consideraciones sobre la annona y los circuitos annonarios del aceite bético, las redes comerciales de distribución y los focos de redistribución. Para entender la importación de aceite bético, el autor estudia la producción de aceite en la

¹ Departamento de História, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas, Campinas, C. Postal 6110, SP, 13-81-970, Brasil, fax 55 19 289 33 27, pedro-funari@sti.com.br.

Tarraconense Oriental, no considera razonable suponer que la región era auto-suficiente, en el Alto Imperio, aunque había producción local, incluso con posibles imitaciones de Dressel 20 béticas producidas en la Tarraconense. Con todo, la importación bética era activa y se explica por la calidad, prestigio, coste, entre otros factores. La investigación, hasta ahora, de las Dressel 20 en Cataluña fue basada en la idea de la poca importación de aceite bético, hasta el punto que el material arqueológico relativo a las Dressel 20 pasó sin notar en diferentes museos. Solo en el Museo de Ampurias, el autor ha rescatado del olvido un lote de 42 sellos, procedentes de excavaciones de los años 50 y 60. Berni subraya que entre finales del siglo II y III d.C. las poblaciones rurales de la Tarraconense Oriental habrían experimentado un importante crecimiento, consumiéndose más aceite y resultando en más importaciones en las ciudades.

El autor continúa con el estudio de las diferentes zonas de importación, Cabo de Creus, Ampurias, el litoral meridional de la Costa Brava, la Marisma, Badalona, Barcelona, Bajo Llobregat, Vallès Occidental y Oriental, Garraf, Bajo Penedès, Alto Penedès, Anoia, Tarragona, Ebro y Segre. El capítulo tercero presenta el inventario arqueológico de las ánforas de aceite bético (pp. 99-196), con una descripción detallada de sitios y hallazgos, completados por dibujos de todo el material. El corpus de sellos está organizado por el nomen, lo que facilita el trabajo de análisis del material. Los 102 sellos son estudiados, cada uno con referencias completas y muy actualizadas, algunas veces inéditas, como las comparaciones con el material de las excavaciones del Testaccio. Cinco grafitos y dos inscripciones pintadas completan el catálogo, así como índices de los sellos a partir de la primera letra, de la última, agrupados por comarcas y ordenados por lugar de hallazgo y cronología, por nomina, cognomina, figlinae, officinae, fundi, portus, permitiendo su facilitada utilización por otros investigadores.

No cabe duda que la tarea primera de la labor arqueológica sea la publicación de corpora de documentación que permita el avance de la ciencia y, en este sentido, el libro presenta un catálogo imprescindible para la continuidad de la investigación sobre la economía y sociedad de la Cataluña romana. Además, solo estudios monográficos sobre regiones específicas permitirá, en el futuro, que un cuadro más completo del Imperio Romano pueda ser propuesto por los investigadores. En este sentido, la documentación arqueológica, en este caso, las ánforas, permite al estudioso del mundo antiguo conocer aspectos de la Antigüedad poco o nada mencionados por los autores antiguos. Así, el transporte de aceite bético a Cataluña, región productora de aceite ella misma, demuestra que la economía romana era bastante compleja, con redes de producción y distribución todavía poco conocidas. Estudios monográficos como este permiten así empezar a conocer mejor una interdependencia provincial que se revela más significativa de lo que las fuentes literarias permitirían suponer.

BALLABRIGA, ALAIN, Les fictions d'homère. L'invention mythologique et cosmographique dans l'odyssée, Puf, París, 1998, 249 Págs.

Por Marco V. GARCÍA QUINTELA

Departamento de Historia I
Universidade de Santiago

Permítaseme comenzar con una larga cita del libro que comentamos:

«En conclusión, para sintetizar mis propuestas sobre Feacia, creo que, hacia el siglo VII, el paso de Ulises por Feacia se presentaba de una forma reducida y profundamente diferente de la versión final desarrollada por los Homéridas del siglo VI. Los feacios, establecidos en Corcira, estaban inscritos en un contexto etnográfico epirota-ilirio próximo al mundo griego, como los Tesprotos. Además fueron mitificados bajo la forma de tribus guerreras nacidas de la Tierra y de la sangre de Urano castrado por Cronos. El incesto de la pareja real, ciertamente difícil de interpretar como todo residuo mítico de este tipo, podría simbolizar un rechazo al intercambio de mujeres equivalente a su xenofobia propia de pueblo salvaje. Pero los feacios también estaban integrados en la fábula heroica griega por la tradición del exilio de Jasón a Corcira dos generaciones antes del paso de Ulises.

«La novela feacia de los Homéridas ha acercado las costumbres feacias al ideal épico e, inversamente, ha alejado su hogar hacia las más lejanas orillas adriáticas. Los feacios salvajes, cercanos a los gigantes y a los cíclopes, que evocan a su vez un salvajismo epirota, se convierten en un pueblo ideal y civilizado de forma sobresaliente, en donde se cultivan las artes y en donde en particular la poesía épica se practica de modo magistral. El incesto real se ve sustituido por un matrimonio endogámico menos chocante: el de una sobrina con un tío y la figura de Nausicaa incluso permite plantear en la generación siguiente la aceptación de un príncipe ajeno al mundo feacio. Pero el eventual esposo no puede llevar a la princesa a Grecia, como hizo Jasón con Medea. Pues los feacios son un pueblo bienaventurado, cercano por ejemplo a los hiperbóreos, que debe permanecer separado de la humanidad. Razón por la cual Ulises debe resistirse a esta tercera tentación femenina representada por Nausicaa, tras Circe y Calipso, aunque bajo una modalidad diferente. Por su parte los feacios, finalmente conscientes del nuevo orden querido por los dioses, ya no volverán a establecer, si se puede decir así, líneas marítimas entre el mundo de los hombres y los confines del universo poblados de bienaventurados». (p. 219)

La tesis principal del libro, su estructura y su originalidad se leen en esta larga cita.

Comencemos por la tesis: M. I. Finley, al que cabe citar como punta de iceberg de toda una generación de estudiosos de Homero, merced sobre todo a su popularísimo libro *El Mundo de Odiseo* (sin ir más lejos el libro de Historia

Antigua más vendido en España desde hace años), apoyándose como otros en los resultados de la filología alejandrina representada por Aristarco, fechó la composición de los poemas homéricos en el siglo VIII; además, el análisis del mundo descrito en ese poema remitiría fundamentalmente a realidades sociales de la Época Oscura griega.

Ballabriga, por su parte, propone una reconstrucción totalmente distinta, sistematizando aportaciones muy recientes, que conviene tener presentes¹, saca todas sus consecuencias de una noticia con frecuencia mejor o peor obviada (conviene señalar, en todo caso, que fue valorada con cuidado hace pocos años por F.J. González García, *A Través de Homero*, Santiago de Compostela, 1991) según la cual la *Ilíada* y la *Odisea* se compusieron en su dimensión monumental, básicamente tal como las leemos todavía hoy, en la Atenas de Pisístrato por obra de una escuela o familia de poetas denominada Homéridas. El mundo que nos describen estos poemas es, así pues, fundamentalmente el mundo griego del siglo VI teñido, obviamente, por la capacidad creativa y de ficción que es propia de la poesía.

Si Finley sostenía su argumento apoyándose en el análisis de los individuos y grupos sociales que habitan el poema, Ballabriga lo hace apoyándose en el análisis geográfico, mejor dicho, en la descripción del mundo que se lee en la *Odisea*: su cosmografía. Para ello (re)construye en forma de serie de monografías sucesivas los paisajes visitados en la *Odisea* que en todos los casos tienen referentes reales a los que se dedican los tres capítulos centrales del libro (episodios emplazados desde las costas de Egipto hasta los límites meridionales del mundo, episodios ubicados en torno al Tirreno y sus límites septentrionales, episodios situados en torno al Adriático y los límites oceánicos).

En cada caso concreto, sean los periplos ubicados en el delta del Nilo, episodios como el de Eolo, los Lestrigones o Circe, o el lugar en el mundo ocupado por Feacia, el autor muestra la pertinencia de su tesis inicial sobre una composición tardía de la epopeya. Pone de relieve datos y análisis de todo tipo, etimológicos, genealogías míticas diversas, análisis de fuentes, intertextualidad², que

¹ Cita a F. Cook Erwin, *The Odyssey in Athens. Myths of Cultural Origins*, Cornell University Press, 1995; J. P. Crueaard, (ed.), *Homeric Questions*, Amsterdam, 1995; G. Lambin, *Homère le compagnon*, París, 1995; M. West, «The Date of the *Iliad*», *Museum Helveticum*, 52, 1995, 203-219. Un reciente libro, que todavía no he podido leer, también parece concordar, según su recensionador, con las tesis de Ballabriga: «Snodgrass demuestra a través de un detenido análisis de conocidas escenas narrativas de los siglos VIII, VII y VI a. de C. que los artistas griegos arcaicos no siguieron tan de cerca los textos de nuestra *Ilíada* y *Odisea* como se dice normalmente», el libro es de A. Snodgrass, *Homer and the Artists: Text and Picture in Early Greek Art*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998, y la recensión de quien tomo la cita es de Sarah Morris, owner-bmcr-l@brynmawr.edu, BMCR: 99.10.32.

² Véase un pequeño discurso del método en p. 174: «... para comprender la cosmografía de los confines en la *Odisea* era necesario no atenerse a arquetipos primitivos sino tener en cuenta a la vez un contexto poético relativamente reciente (siglos VII-VI), básicamente anterior a una *Odisea* que no alcanzó su forma final hasta el fin del siglo VI, junto a vagos conocimientos sobre los confines resultantes de la colonización y navegaciones de los griegos. Incluso hemos llegado a darnos cuenta que con frecuencia era ventajoso saber utilizar la literatura clásica y helenística para restituir un imaginario que no se pliega a una periodización escolar sino que manifiesta, por el contrario, una destacable continuidad desde los tiempos arcaicos hasta el período helenístico».

muestran que cada uno de esos paisajes se entiende mejor si consideramos que existían versiones más antiguas o concurrentes que confluyen en la Odisea monumental concebida por los Homéridas con auxilio de la percepción cosmo-gráfica entonces imperante y de la propia fuerza de la ficción — por eso habla, en el pasaje citado para comenzar, de la Feacia prehomérica y de la novelada Feacia homérica.

De la tesis sobre la composición y el tratamiento ofrecido, ya de por sí originales, se desprende otra originalidad no menor y que Ballabriga asume en diversos momentos (por ejemplo p. 211 y su fundamento en pp. 25-32) al situarse en una línea expresamente neo-analítica tras años de triunfo por KO de los unitaristas impulsados por el desarrollo masivo de las teorías sobre la composición oral de la epopeya.

Al hilo de estos argumentos axiales el libro ofrece otras cosas como un excelente primer capítulo de historiografía de la epopeya homérica. También presenta análisis pertinentes y finos sobre la composición y creatividad literaria utilizando comparaciones antropológicas cada vez que son pertinentes. El libro contiene, además, aportaciones puntuales concretas sobre distintos episodios de la Odisea.

Me ha gustado en especial su rehabilitación de la ubicación en Lípari de la isla de Eolo al relacionar los cambios en los vientos con las erupciones volcánicas, constatables empíricamente, con algunas de las características de Eolo, además esta lectura tendría, tal vez, un apoyo y un eco en las afinidades con vientos y volcanes de un Empédocles mago. También me parece especialmente convincente el análisis sociológico sobre Feacia y su lugar entre hombres y dioses, así como la interpretación del tema del navío que lleva a Ulises a su hogar convertido en escollo de piedra a la entrada del puerto. Ciertamente cabría citar otros pasajes.

Son especialmente pertinentes, por último, las páginas finales en donde destaca una vez más si se quiere, pero otra vez que parece que nunca sobra y que hay que recordar incesantemente, que no existen dos mundos ajenos de racionalidad e irracionalidad, de creencia y escepticismo crítico y que, como consecuencia, todo el pensamiento y cultura griegos hasta el siglo V incluido deben encontrar un armazón interpretativo común al que el libro que comentamos pretende contribuir.

Sin embargo, la lectura del libro no deja de producir cierto desasosiego que quizás no sea más

que una manifestación de cierta angustia profesional. En efecto, si seguimos a Ballabriga hasta sus últimas consecuencias, hemos de repensar casi toda la historia griega entre los años 1000 y 500 y eso es mucho³. Además la sistemática inclusión del Mundo de Odiseo de Finley entre las lecturas recomendadas cada curso a los estudiantes de Historia de Grecia Antigua debe, como poco,

³ Pero véase la síntesis reciente de C. Baurain, *Les Grecs et la Méditerranée Orientale. Des siècles obscurs à la fin de l'époque archaïque*, PUF, Nouvelle Clio, París, 1997, que, emprendiendo otros caminos, coincide con Ballabriga.

replantearse pues, como decía G. Dumézil a propósito de su propia obra, tal vez sea un libro que debemos clasificar con las novelas.

Podemos terminar señalando tres problemas o dudas pendientes que, por otra parte, un libro de tamaño razonable tampoco tiene por qué aclarar. Bastante es que sea lo suficientemente original para suscitarlos.

En primer lugar, ¿qué ocurre, entonces, con la *Ilíada*? Probablemente, según Ballabriga, sufriría un proceso de composición semejante a la *Odisea*, pero ¿sería susceptible de la lectura neo-analítica aplicada a la *Odisea*? Pensemos, por ejemplo, que no hace mucho tiempo muchos de estos episodios han pasado por una criba de este estilo para detectar temas de raíz indoeuropea en su composición⁴.

En segundo lugar, ¿qué ocurre con la sociedad de la *Odisea*? Esto es, Finley partía de un dato empírico muy ventajoso. Si la composición de los poemas homéricos tuvo lugar en el siglo VIII y remiten a un horizonte social de Época Oscura, el marco de referencias histórico literarias se cierra sobre los propios poemas. Así cabe sustentar una propuesta según la cual una sociedad identificada en los poemas, con ayuda de crítica histórica y comparación antropológica, es coextensiva con una realidad histórica dada. Pero si los poemas se componen en el siglo VI una de dos, o la sociedad en ellos representada es pura ficción, cosa que me parece muy discutible aunque sólo sea por criterios de comunicabilidad de sus contenidos, o si tiene raíces de realidad, cualesquiera e identificados con los métodos históricos pertinentes, estos pueden confrontarse ya con una multiplicidad de testimonios ajenos a la propia epopeya. En resumen, hay que, habría que..., reescribir *El Mundo de Odiseo* de acuerdo con la nueva propuesta de datación de los poemas.

En tercer lugar, ¿qué ocurre con la metáfora platónica que presenta a los griegos en torno al Mediterráneo como ranas alrededor de una charca? Es decir, ¿dónde está el mundo colonial griego de la época de Pisístrato en la cosmografía reconstruida por Ballabriga? Ciertamente el autor no es ignorante de la cuestión y algunas respuestas ofrece (p. 222) señalando, por ejemplo, que no todos los griegos tenían idénticos conocimientos de los hechos geográficos y que los poetas tenían un amplio margen de maniobra para ubicar sus ficciones en parajes frecuentados por griegos con tintes de fantasía. Para corroborarlo podemos evocar, por ejemplo, las dificultades de Cleómenes de Esparta ante el mapa de Hecateo para comprender la noción de escala que sólo alcanza algún entido transformada en días de marcha (Heródoto 5, 49-50), o las del anciano Estrepsíades que convierte las distancias de un mapa en una topografía política y afectiva (Aristófanes, *Nubes*, 200-215), o el conocimiento de Sicilia reflejado en el debate sobre la expedición ateniense a la isla (VI, 8-26).

Pero al lado de los indicados existen otros tantos indicios de relación y comunicación fluida entre las costas de Asia Menor y Sicilia y Magna Grecia, por citar dos puntos alejados que prescinden de Grecia Continental para establecer sus

⁴ B. Sergent, *Les trois fonctions indo-européennes en Grèce Ancienne*, I, De Mycènes aux Tragiques, Economica, París, 1998, 35-131.

relaciones⁵. Marsella es una colonia muy real en un punto que en la cosmografía reconstruida sería casi polar... El Ponto está plagado de colonias jónicas... Naucratis es un centro griego de observación para Egipto y el Nilo...

Evidentemente es muy difícil equilibrar los dos tipos de indicios, reales y evidentes como son ambos. Sobre todo si se pretende reconstruir los instrumentos y temas que intervienen en la creación poética, en el caso presente ubicada en el siglo VI, pero extensible a cualquier otra creación artística. En cualquier caso me parece que esta es otra de las direcciones de investigación para las que el libro de Ballabriga abre sus puertas.

Se trata, en resumen, de un libro con tesis originales y bien argumentadas que, por eso mismo, no deja de suscitar serios problemas de cara al entendimiento de la Historia griega del arcaísmo y, desde luego, no considero que esa capacidad de plantear problemas sea un demérito.

⁵ Como los focios que fundan Alalia en Cerdeña y después Elea en el Sur de Italia, Heródoto, I, 163-167 y VI, 17 sobre Dionisio de Focea y sus acciones al final del siglo VI en el área italo-siciliota. Los griegos vencedores de Platea piensan en enviar a los jónicos a Italia Heródoto, IX, 106, 2. Aristócratas samios fundan Dicearquía en el golfo de Nápoles y más adelante, otros, tras la revuelta jónica, se instalan en Zancle, Eusebio (S. Jerónimo), Ol. 62 y Heródoto, VI, 22. Entre los poetas y filósofos Jenófanes de Colofón se traslada a Italia donde pasa buena parte de su vida, Pitágoras de Samos hace lo mismo residiendo en Crotona y Metaponto, Epicarmo de Cos se traslada a Siracusa. Por otra parte la arqueología detecta abundantes restos de ánforas procedentes de ciudades griegas de Oriente en numerosos yacimientos sicilianos, se trata también, así pues, de rutas comerciales, véase R.M. Albanese Procelli, «Appunti sulla distribuzione delle anfore commerciali nella Sicilia arcaica», *???????*, 42, 1996, págs. 91-137, el inventario de las ánforas de procedencia greco-oriental está en págs. 104-9 procedentes de Quíos, Clazomenas, Lesbos, Mileto y Samos.